

SIDONIE BONNEC

EL SECRETO DE

LA NIÑERA

Una inquietante novela
en el corazón de la alta
sociedad londinense.

Sidonie Bonnec

El secreto de la niñera

Traducción de María Enguix Tercero

NdeNovela

Mis ojos no se acostumbran a la oscuridad, es una negrura espesa y húmeda. Voy a ciegas, pero me llega un hedor a viejo, a madera, a orina, a cera, a velas apagadas. Paladeo el lugar; parece infinito, sin contornos y, sin embargo, sé que estoy encerrada. No me despego de las paredes, temo la caída, el vacío. Mis dedos son mis antenas, van tanteando, avanzan deprisa, son más audaces que yo. Porque en este preciso momento quiero desaparecer, no quiero seguir siendo yo, me siento tan aterrorizada que estoy dispuesta a renunciar a todo. Pienso aceptarlo todo, cerrar los ojos a lo que sé, a lo que he visto, a lo que he comprendido. Seré muy dócil, una mosquita muerta de la que se dispone a voluntad, una pobre chica sin apegos, sin futuro. La negrura es una pantalla perfecta sobre la que proyectó la película histérica de estos últimos meses; mi cerebro se resquebraja, agrupa los recuerdos, las emociones, las sensaciones, las dudas, procesa todo esto con rapidez y lo escupe en imágenes anárquicas. Intento hacer una síntesis, no entiendo dónde estoy. Me duele la cabeza. Quiero quedarme pegada a la pared, acurrucarme contra el gélido hormigón hasta que vengán a buscarme, a tranquilizarme; me portaré bien, lo prometo; devolvedme a la luz. Puedo fingir que no ha pasado nada.

Sin embargo, todo ha cambiado, lo sé.

Me despego de la pared, me aventuro en la habitación a pasitos, me da miedo caerme, hacerme daño, me da miedo sentir miedo. Tengo la sensación de que avanzo a pasos agigantados, pero apenas araño unos centímetros. De pronto, mis dedos rozan algo, se echan a temblar. Es otra piel. Entre ellas se reconocen, por supuesto. Una piel fría y suave. En mis entrañas se forma un grito que brota a borbotones. Un grito enloquecido, ronco. La piel no reacciona.

Antes. Plouhernec, lunes 12 de febrero de 1996

El cielo gris plumizo descarga con todas sus fuerzas sobre los alumnos que se precipitan entre las patas de cemento armado de la enorme araña que es el instituto Chateaubriand. Morgane y yo salimos a toda pastilla para coger el autobús de las seis y doce, después tendremos que esperar hasta las seis y cincuenta y cinco, cero ganas. ¿Qué crees que puedes hacer en Paimpol un mes de febrero cuando ha caído el manto de la noche, el insti ha cerrado sus puertas y la cafetería del barrio ha sido ocupada por los alcohólicos? Nada. Te lo aseguro, mejor vete a casa. Sí, aunque tu casa esté en Plouhernec, una ciudad que apenas merece este título, pero como llevas el odio dentro y no quieres hundirte más, dices que es una ciudad y no un pueblucho. Hay que arañar la esperanza de donde se pueda. Llegamos a tiempo, el autobús engulle a los pasajeros antes de volver a escupirlos uno a uno o en racimos por la carretera del acantilado. Morgane se pega a la ventana, es su sitio favorito, y tira de las mangas de su jersey negro de acrílico para taparse las estropeadas manos. Con la larga cabellera castaña y rizada y la nariz recta, es igual que una princesa triste, lo cual es el colmo cuando eres tan guapa. Yo estoy tranquila, nadie fantasea con-

migo: rubia, sosa, cabello lacio, nariz aguileña. Observo a los otros alumnos pasar. Pero ¿en qué están pensando los que se meten en esta movida? Todo el mundo presenta la misma facha: un cuerpo enorme y flácido cubierto por una chaqueta demasiado grande, un cuerpo que se comba a la derecha o a la izquierda bajo el peso de una mochila enorme. Diez kilos de promesas: matemáticas para una brillante carrera de ingeniero, latín para entrar en la Escuela Normal Superior, historia y geografía para tu deslumbrante destino como periodista. Pero, en serio, ¿quién se lo cree? Porque al día siguiente, cuando te despiertas, nada ha cambiado, te toca recorrer el mismo camino en sentido inverso. En pie a las seis y veinte, porque a las siete sales de tu casa, que está pegada a la de tus vecinos, sola con tu puta cartera llena de promesas. No has podido terminar las galletas, está oscuro, hace frío y nadie te acompaña. Tus padres se han ido más temprano que tú. ¿Qué creías, que tienen tiempo de tomarse un té de jazmín mientras hojean el periódico? A estas alturas, ellos ya se están partiendo el espinazo en su criadero de ostras, así que tus sueños de adolescente rebelde... Si lo observaras todo desde arriba, verías a decenas de zombis salir de sus míseras casas y avanzar al unísono, con los brazos colgando a los lados y la cabeza metida en el cuello de la chaqueta para exhalar un poco de calor, el paso todavía pegado al sueño, todos juntos en dirección a la parada de autobús Moulin de Craca, cuya «r» alguien ha tachado para hacer un buen chiste que arranca las risas de los turistas, pero no de los jóvenes de Plouhernec, porque el Moulin de Craca es nuestro monumento, el único molino de viento de la costa norte de Bretaña que fabrica su propia harina, ¿te suena de algo? Nues-

tro molino plantado en el arrecife desde hace dos siglos es prácticamente lo único que rula por aquí. Aunque, como nosotros, nunca ha despegado.

Cuando Morgane ve que me enfado, a veces susurra: «Emmylou...», y luego se rasca el dorso de las manos. Tiene cuatro hermanos, dos chicos y dos chicas. Como yo, ella no existe en la familia. Demasiados hijos, demasiadas deudas, demasiado trabajo, demasiado de todo, sus padres están ausentes. El padre pesca en el Atlántico Norte en un barco de arrastre, un infierno marino, y la madre es cajera en un pequeño supermercado: se está calentito, es verdad, te saludan y te dan las gracias cuarenta veces al día, pero desgasta. ¿El tiempo? No existe en su familia, como tampoco en la mía. En clase de filosofía estudiamos precisamente eso, la noción del tiempo y las siguientes preguntas, de lo más pertinentes: ¿En qué medida nos pertenece el tiempo? ¿En qué sentido podemos decir que el hombre no solo vive en el presente? ¿El tiempo es un límite para el hombre? ¿El tiempo es nuestro enemigo o nuestro aliado? Pero ¿quién dispone de tiempo libre para hacerse estas preguntas? ¿Y para responderlas? En casa solo tenemos una respuesta, y es esta: «No tengo tiempo». Por eso me ahogo, exploto, chilló, les grito a mis padres, a mi hermana pequeña, Maëlle. Morgane, por su parte, se borra, se hace diminuta, se diluye. Y se hace daño. Se clava las uñas en el dorso de la mano derecha. No es culpa suya, es cosa de su enfermedad. Pongo la palma de mi mano encima de la suya y se la aprieto con ternura para que sienta el calor y cicatrice. Morgane y yo no somos familia, nosotras nos hemos elegido, lo que es mejor. Ella saca su walkman y se pone

los auriculares, escucha a Jean-Jacques Goldman, su pasión, el amor de su vida: «*J'irai au bout de mes rêves, tout au bout de mes rêves*»... «Iré hasta el fin de mis sueños»... Yo prefiero soñar en inglés: «*But I still haven't found what I'm looking for*»... «Pero aún no he encontrado lo que busco»... U2 es mi escapatoria, mi futuro. Morgane y yo nos hemos jurado que saldremos del arroyo, con la mirada puesta en una sola dirección; directas a otra parte, muy lejos, lo más lejos posible, más allá de los acantilados marrones, más allá de los kilómetros de páramos tenebrosos, más allá de las casas de granito rosa ajadas por las inclemencias del tiempo.

Aquí, incluso el rosa es un asco.

El olor del purito me satura las fosas nasales. Finjo que me gusta, pero la verdad es que apesta. Habría comprado de buena gana cigarrillos, como los demás compañeros, pero son muy caros y me he conformado con los puritos que el jefe de mi padre le ha regalado. En mi casa no se fuma, la caja está a la vista de todos en la cómoda del salón, solo sirve para eso. A veces, por la noche, cuando todo el mundo se ha acostado, pillo uno, me lo planto entre los labios, abro la ventana de mi habitación y contemplo la noche. Me tomo mi tiempo, hago rodar la piedra del mechero que encontré en uno de los cajones llenos de chismes de mi madre. La hago rodar varias veces porque me da una sensación de autocontrol, prolonga el momento. Doy una calada, es un poco fuerte, me produce un leve mareo. Escupo el humo en la negrura exterior y me invento historias. Soy una abogada brillante, parisina, que repasa su último caso con un colega de profesión; es tarde, el bufete se vacía y fumamos mientras nos tomamos un whisky para relajarnos. A veces soy una escritora que dialoga con sus personajes en la soledad de la noche. También me encanta ser esa reportera que prepara sus entrevistas a mano en un cuaderno gastado por los viajes, mientras fuma en el bar de un hotel de mala muerte en Medellín.

Pero esta noche solo soy yo, y eso es jodido. No me han dejado llamar a Morgane. «Sale muy caro, os enrolláis mucho», me dice mamá. «No me paso el día trabajando para que luego tú estés de palique». Esa es su frase. No se da cuenta de que me hace daño. Ella no necesita hablar, pero yo sí, nosotras sí; hablar, desahogarnos, apaciguarnos, soñar, ese es nuestro bálsamo. Mi ira choca contra las paredes de mi habitación bajo el tejado. Me siento minúscula e impotente en esta casa adosada. Me avergüenza este barrio en el que han decidido embutir a los más pobres de la ciudad, un barrio muy bien delimitado para que no se desborde. Me muero aquí dentro. Por suerte, tengo mis libros. Decenas de libros de bolsillo que ya han vivido lo suyo, los recojo delante de los casoplones a orillas del mar. Siempre hay gente que deja algunos abandonados y, cuando necesito un título concreto, el sábado voy al mercado, donde hay un tipo que tiene un montón de cajas llenas a un franco el ejemplar. Eso me ilusiona más que comprar un jersey. En mis estanterías, los compis de piso se llevan la mar de bien; Zola se codea con Bret Easton Ellis, Maupassant comparte espacio con Raymond Carver sin poner reparos. Esa es mi paz, mi ansiolítico. Aplasto el puro en el alféizar ya mugriento de mi ventana, se acabó la pausa, doy la espalda a los compis de piso y termino de repasar el examen de historia previo a la selectividad. Tal vez el día de mañana sea más interesante que este. Por soñar que no quede.

«El juego de las potencias en las relaciones internacionales desde 1945». Llevamos tres horas sudando la gota gorda con el examen de historia. Las espaldas están encorvadas sobre las hojas, las manos sostienen las frentes, las miradas de unos y otros se cruzan furtivamente, se respiran hastío y desesperación. Me queda poco menos de una hora para terminar. El tema de la evaluación no es emocionante, pero me esmero con esta asignatura. Para ser periodista es indispensable, me ha dicho el profe. Se abre la puerta, el jefe de estudios le susurra algo al oído al docente, que se muestra estoico, busca con la mirada y viene hacia mí. Me susurra que coja mis cosas y siga al responsable del centro. No entiendo, no pienso en nada, hago lo que me dicen. Recorro un largo pasillo silencioso, rozo las docenas de abrigos colgados en los ganchos, pieles blandas y deformes, abandonadas. Oigo los pasos rígidos y regulares del jefe de estudios, que marcan la pauta, y luego los míos, que intentan mantener la cadencia. Al llegar a su despacho, me anuncia, incómodo, que tengo que salir del instituto, que alguien me espera delante de la verja para hablar conmigo. No puede decirme la razón, eso no le corresponde a él. Bajo por las escaleras, cuento los peldaños para no perder el equilibrio, para no perder la cabeza, cruzo

el patio con sus tres árboles pelados que juegan a ser un bosque.

Percibo una silueta cerca de la verja, parece el padre de Morgane. Son las once y diez, ¿qué está haciendo aquí? Mi amiga no ha venido en autobús esta mañana, he pensado que estaría enferma, a veces le pasa. Abro la puerta de la derecha, es pesada y me deja la mano húmeda. «Hola, Gérard...». Parece exhausto después de sus días de descanso fuera del barco pesquero. Se acerca a mí, oigo que me dice: «...algo a Morgane». No tiene su voz de marinero, ni su voz de padre. Es un fantasma. Repite como si se disculpara: «Le ha pasado algo a Morgane. Se ha suicidado». No entiendo esa frase. Sin embargo, he oído esas palabras en la tele, las he leído en mis novelas, bajo todas sus formas, en todos los tiempos. De pronto, me caigo.

Odio esta canción, aunque antes me encantaba. Recuerdo el día en que Morgane me la descubrió, hacía un frío de muerte, estábamos en su cama, en su casa, envueltas en su colorida manta cien por cien poliéster. Metió la cinta en el walkman y me puso los auriculares en las orejas. A través de la espuma agujereada y suavísima, se reveló esta letra desgarradora: «*Puisque tu pars*», «Porque te vas». La historia de alguien a quien no es posible retener, cuyo corazón se va a latir a otro lugar. Alguien a quien no quieres ver partir, pero cuya mano debes soltar. Estas palabras de Jean-Jacques Goldman, cuando las escuchas con una amiga, se te meten en las entrañas, pero siguen siendo una canción, la partida de alguien que no conoces, una historia que te conmueve, pero no te afecta, y eso es lo bueno de la desgracia ajena. Pero cuando te toca a ti, la melodía es una basura, te aplasta los ojos, te lapida el corazón. Hay canciones que nunca deberían escribirse o, por lo menos, nunca deberían escucharse. Y esta, lo sé, me desangrará en vida, hasta el final.

El féretro está colocado en el centro del pasillo de la iglesia. Han dejado un marco sobre su madera lisa y nueva. En la foto, el rostro de mi mejor amiga. Sonriente. Pienso en por qué sonreía aquel día... Tal vez era feliz en aquel momento, tal vez imaginaba la vida estupenda que acabaría teniendo, tal vez que-

ría a la persona que sacó la foto, tal vez sonreía porque es lo que se hace en las fotos. Tengo ganas de vomitar. Qué incongruente me parece su sonrisa, cuánto daño me hace en este lugar. Es como si le hubieran dicho: «Esta foto estará en tu féretro, será la última imagen que tendrán de ti», tu sonrisa frente a todas esas caras anegadas de tristeza, esos allegados que han venido para asistir a la misa de despedida, a tu «sepelio», como dicen los adultos. No consigo establecer un vínculo entre la caja y la cara, entre sus padres, sus amigos y ese sacerdote que suelta palabras en cascada sobre lo que vendrá después, sobre la otra vida, sobre los alégrese-esto-es-solo-el-principio. No entiendo por qué hace buen tiempo fuera cuando dentro caminamos sobre nuestras lágrimas. Morgane saltó por la ventana de su edificio hace una semana. Quinto piso, sin alas, cayó sobre el asfalto, delante de unos niños que jugaban. No dejó ninguna carta, solo un vacío que yo lleno de preguntas. ¿Por qué quería morir? ¿Por qué no me dijo nada? ¿Por qué no éramos suficiente para ella? ¿Por qué yo no era suficiente para ella?

Con estas palabras y esta música que me dan ganas de morir, sale el féretro, rumbo a la tierra, al lado de los otros, de todos esos muertos, de todo ese dolor. Después, los padres de Morgane nos citan en la sala de fiestas de Plouherne. El ambiente está enrarecido. Algunos globos multicolores, platos de cartón blancos llenos de galletitas, jarras de zumo de naranja y vasos de plástico transparente. Se diría que estamos celebrando la primera comunión o el cumpleaños de un niño de diez años. La foto de Morgane está encima de una de las mesas, la miro y le pregunto: «¿Y yo? ¿Cómo voy a pirarme de aquí?».